



#SOS Venezuela

Indudablemente, la crisis política de Venezuela ha acaparado la atención de toda América Latina durante las últimas tres semanas y no en balde. El rápido escalamiento de la violencia hasta niveles inimaginables ha provocado un encendido debate público, casi mundial, sobre la vigencia y legitimidad del proyecto chavista de socialismo del siglo XXI y su futuro en Venezuela. Los nicaragüenses observaríamos los sucesos como simples espectadores de no ser porque durante los últimos siete años Nicaragua ha estado vinculada estrechamente al destino de este país suda-

mericano. De manera que, así como la muerte de Hugo Chávez, iniciador de la Revolución Bolivariana, tuvo efectos en el país, lo tendrán los recientes acontecimientos todavía en curso.

Una historia que comenzó hace tiempo

En el pasado reciente, las relaciones entre Nicaragua y Venezuela han sido cercanas, ya sea por afinidad o por discrepancia. Durante los últimos años de la década de los 70, Venezuela fue un aliado clave del FSLN para el derrocamiento de la dictadura somocista,

sobre todo por el respaldo diplomático y la solidaridad con la causa sandinista promovida activamente dentro y fuera del país. Mientras que durante la década de los 80, los asuntos internos venezolanos, su propio proceso político y las diferencias políticas con el gobierno sandinista distanciaron las posiciones entre ambos países y en algún momento llegaron a tensionarlas hasta el punto del antagonismo, especialmente durante la campaña electoral de 1989 cuando Venezuela apoyó a la UNO, la alianza de oposición, en contra del FSLN.

Entre 1990 y el 2006, las relaciones entre los dos países se mantuvieron dentro de lo que se podría catalogar como normal durante la década de los 90 y el 2000. Pero a partir del 2007, con la llegada de Daniel Ortega a la presidencia, comenzaron a tener un acercamiento. La presencia de Hugo Chávez en la presidencia de Venezuela y los vínculos que tejió con el FSLN fueron determinantes para ello. De hecho, ya en el año 2006 se firmó un acuerdo entre el gobierno de Venezuela y un grupo de alcaldes pro sandinistas para el suministro de petróleo a Nicaragua bajo un esquema de precios preferenciales, pero fue hasta el 2007 cuando las relaciones se restablecieron plenamente a partir de los vínculos entre los dos presidentes.

Uno de las acciones más relevantes de esa relación llevaron a Nicaragua a incorporarse a la iniciativa de países conocida como Alianza Bolivariana, ALBA, liderada por Chávez; también se firmó un acuerdo de cooperación entre los dos países que abrió las posibilidades de intercambios comerciales no solamente en relación al petróleo, sino también respecto a otros productos. Desde entonces, el petróleo y sobre todo los flujos de cooperación han estado llegando a Nicaragua desde Venezuela y han sido objeto de un sostenido debate nacional por la decisión de Ortega de administrarlos de forma privada a través de un conglomerado de empresas vinculadas a la familia presidencial, en vez de incorporarlos al presupuesto general de la República, tal como lo establece la ley.

El ALBA y la cooperación venezolana

La integración al ALBA significó el alineamiento de Nicaragua a las posiciones políticas internacionales de Venezuela, especialmente en foros internacionales como la OEA y las Cumbres Iberoamericanas donde el país indefectiblemente respaldaba públicamente los planteamientos del ALBA no importa el tema del que se tratase.

A cambio, la cooperación que Nicaragua recibió de Venezuela venía bajo la forma de petróleo, fondos y la



promesa de varios megaproyectos que en realidad nunca avanzaron más allá de los anuncios oficiales. Inicialmente no se conocía el monto de los fondos venezolanos que llegaban a Nicaragua, pero durante los últimos años y bajo la presión de los organismos financieros internacionales, tuvo que revelar que el promedio anual de fondos provenientes de Venezuela ascendía a unos 500 millones de dólares.

Como ya se mencionó antes esos fondos han sido administrados por un conglomerado de empresas privadas vinculadas a la familia de Ortega y que se conocen como Albanisa. La mayor parte de esos fondos han sido utilizados para la constitución de un nuevo grupo de poder económico en el que participan la pareja presidencial, Daniel Ortega y Rosario Murillo, sus hijos y familiares cercanos, así como algunos incondicionales que permanecen en el partido. Otra parte de los fondos han sido utilizados para financiar algunas de las políticas sociales de naturaleza clientelista del gobierno, tales como el programa Hambre Cero, Calles para el Pueblo, Usura Cero y otras similares.

En más de una ocasión, Hugo Chávez viajó a Nicaragua para inaugurar junto a Daniel Ortega al inicio de algún megaproyecto como la refinería “El Supremo sueño de Bolívar”, la cual nunca se construyó y quedó convertida

en eterna promesa de los dos gobiernos. Nicaragua también es uno de los 17 países que forman parte del acuerdo conocido como Petrocaribe para la compra de petróleo venezolano a precios preferenciales. Otros socios-beneficiarios de este acuerdo son Cuba, El Salvador y un grupo de pequeñas islas en el Caribe anglófono.

Por otra parte, las relaciones de Nicaragua con Venezuela, además de la cooperación entre ellas, abrió las puertas para que el primer país se relacionara con otros socios no tan deseables como Rusia e Irán, un eje bastante mal visto por Estados Unidos, en pugna con Venezuela pero en estrecha relación con Nicaragua.

La sucesión de Chávez por Maduro

El deterioro en la salud de Hugo Chávez y su desaparición física ya auguraban un significativo cambio en los montos de cooperación de Venezuela a Nicaragua por la aceleración de la crisis económica y política en ese país, y porque estaba claro que el proyecto político venezolano sin Chávez se iba a enfrentar a retos mucho mayores. De manera que Ortega comenzó desde temprano los preparativos para el período de vacas flacas que sabía, se avecinaba.

Mientras tanto, en Venezuela, el debilitamiento de Chávez y los esfuerzos de los más importantes grupos de la oposición por articular un frente amplio ya anticipaban la agudización de la crisis venezolana una vez que el carismático líder no estuviera. Nicolás Maduro asumió la presidencia de Venezuela luego de unas reñidas elecciones que mostraron un país dividido y con muchas heridas. La sucesión supuestamente bendecida por el propio Chávez antes de morir, no fue bien recibida incluso entre la nomenclatura del propio partido de gobierno venezolano.

En términos prácticos para Nicaragua eso significó una gradual disminución de los fondos de cooperación y las exportaciones a Venezuela, de tal manera que Ortega decidió mantener a buen recaudo los fondos que todavía llegan desde allá a fin de seguir capitalizando al grupo económico a su alrededor. Pero eso hacía insostenibles las políticas sociales clientelistas que maneja desde el 2007, de manera que decidió trasladar sus costos al presupuesto general y buscar nuevos socios en otra parte como China y Rusia.

Durante todo ese tiempo hasta el desencadenamiento del último episodio en la crisis venezolana, el gobierno de Ortega se ha mantenido como un aliado fiel en el ALBA y en la alineación con las posiciones venezolanas, especialmente en foros internacionales.

El agravamiento de la crisis

El violento episodio de lucha política que ese ha extendido por un mes en Venezuela en realidad ya estaba anunciado desde el fallecimiento de Chávez. Se trataba de una especie de bomba de tiempo que podía estallar en algún momento. La gran pregunta que orbita desde entonces es si el proyecto chavista de socialismo del siglo XXI será capaz de resistir los efectos del estallido social, o más que eso, la interrogante de fondo es en qué condiciones va a quedar el país después de esta lucha política que ha enfrentado a la sociedad venezolana.

La ola de protestas tuvo como antecedente el enorme descontento y la preocupación de una mayoría de población por la escasez de alimentos básicos y los altos niveles de inseguridad en todo el país. El hecho más relevante de los últimos meses fue el asesinato de una ex miss y su esposo; pero lo que desencadenó las manifestaciones fue la violación de una joven estudiante en la localidad de Táchira. Los estudiantes se pusieron a la cabeza de esa movilización, pero a ella se sumó una gran cantidad de gente que coincidía con ellos en su reclamo frente al gobierno. Al liderazgo opositor no le quedó más remedio que ponerse al frente de las movilizaciones y reclamos de la población. El encarcelamiento del líder opositor

Leopoldo López así como el asesinato de jóvenes estudiantes durante las protestas, incluida otra miss, le echaron fuego a la hoguera prolongando las masivas movilizaciones y extendiéndolas a todo el país. Los enfrentamientos llevan ya cuatro semanas consecutivas y no parecen bajar de tono.

El gobierno ha respondido con represión abierta en la que participan tanto las fuerzas armadas como grupos paramilitares organizados entre sus partidarios. También ha movilizado a sus simpatizantes para tratar de hacer contrapeso a las multitudinarias manifestaciones públicas organizadas en su contra. Desde el inicio de las protestas la escalada de violencia y movilización ha sido casi imparable, y ha puesto al gobierno en una situación realmente crítica. Al mismo tiempo, el gobierno ha intentado sistemáticamente descalificar a los manifestantes a través de sus discursos y comparecencias públicas y ha intentado controlar la libertad de información y opinión estableciendo una censura sobre los medios de comunicación y el uso del internet. A pesar de ello, las noticias se han extendido en todo el mundo y los protestantes han logrado romper el cerco mediático del gobierno difundiendo fotos, videos y mensajes a través de las redes sociales, generando un movimiento de solidaridad a nivel mundial que incluye a la diáspora venezolana en diferentes partes del mundo, gobiernos de la región, reconocidos líderes políticos, académicos y artistas.

Parteaguas para la izquierda latinoamericana

Más allá de las posiciones a favor o en contra, la crisis de Venezuela representa un parte aguas para toda América Latina, especialmente para la izquierda del continente que ha estado ensayando nuevas alternativas a los llamados socialismos reales o socialismos del siglo XX. De hecho, el largo episodio de violencia política ha polarizado no solamente a los mismos venezolanos sino a todos los países latinoamericanos que se han pronunciado en diferentes tonos sobre las posibles soluciones a la crisis.



La crisis ha jugado el papel de un parteaguas en el panorama político latinoamericano y las posiciones van desde el apoyo incondicional al régimen de Maduro hasta las radicales conservadoras que quieren su desaparición. Pero en medio de todo eso hay algunas evidencias críticas que se han revelado. Una de ellas es que Maduro no tiene la misma estatura política de Chávez y no tiene la fuerza ni el control sobre el proyecto de socialismo XXI que el carismático y desaparecido líder parecía tener. Por otra parte, el proyecto chavista no estaba del todo consolidado y una vez desaparecido el hombre fuerte, se abrió una lucha sorda por el poder dentro y fuera del oficialismo.

La oposición venezolana venía desarrollando un proceso de alianzas y la construcción de liderazgos que gozan de amplio respaldo y han posibilitado la conformación de un frente amplio, tal como se pudo ver en los estrechos márgenes de ventaja del chavismo durante las últimas presidenciales pero también en la diversidad de sectores sociales movilizados durante esta última jornada de protestas. Pero ese respaldo aunque amplio, no es todavía mayoritario y que dentro de la oposición hay diversos intereses y posiciones mezcladas. De ahí que a pesar de los discursos oficiales, las etiquetas con las que se ha tratado de deslegitimar la protesta no son reales.

Otra revelación es que dentro de la izquierda latinoamericana se han acentuado hay varias posiciones distintas: la izquierda oficial ortodoxa que descalifica las movilizaciones, respalda al gobierno y justifica la represión aduciendo que se trata de un intento para derrocar al gobierno o un golpe de estado suave; la izquierda oficial progresista, que ha preferido guardar silencio a la espera del desenlace; y la izquierda crítica que ha asumido una posición en la que prevalece la defensa de los derechos humanos y las libertades de los venezolanos.

Independientemente de cómo se resuelva la coyuntura venezolana en el debate latinoamericano han retomado fuerza algunos temas, entre ellos: la validez y legitimidad del proyecto socialismo del siglo XXI como una alterna-



tiva emancipadora para las sociedades latinoamericanas; cuáles son las alternativas posibles al capitalismo y cómo se pueden construir; así mismo, qué y quién es izquierda en América Latina, en la actualidad.

Las lecciones para Nicaragua

El caso de Venezuela deja varias lecciones también para Nicaragua y va mucho más allá del mero interés por el futuro económico de la cooperación y sus impactos. Por eso se sigue con tanto interés los acontecimientos en ese país.

En Nicaragua también se ha abierto un debate entre los grupos políticamente activos, especialmente entre aquellos que todavía se identifican como izquierda y que ven con preocupación las similitudes entre los dos países. Muchas preguntas han surgido en relación a las semejanzas que puede haber entre ambos países por el tipo de régimen instalado.

En este país es evidente que el gobierno ha apostado a construir una relación de subordinación y control sobre la sociedad para contener cualquier posibilidad de descontento, de tal manera que una pregunta obligada es si el gobierno de Ortega también está dispuesto a usar esos niveles de violencia y represión en el caso de movilizaciones y protestas. Ya las

ha utilizado en ocasiones anteriores, pero las manifestaciones hasta ahora no han sido masivas. Es previsible que se incrementen en la medida en que la presión social por el descontento y la falta de canales institucionales para canalizarlos obligue a la gente a salir a la calle.

La diferencia es que los márgenes de apoyo y legitimidad que tanto el chavismo como la oposición tienen dentro de la sociedad venezolana no son iguales en el caso de Nicaragua. El régimen Ortega en realidad cuenta con un apoyo limitado dentro de la sociedad, construido sobre la base del clientelismo político y con una legitimidad prácticamente nula. Tampoco cuenta con los recursos económicos de Venezuela ni con la preocupación del resto de América Latina. Su principal respaldo proviene de los países aliados del ALBA, iniciativa que se ha debilitado precisamente por la crisis de liderazgo de Venezuela.

En un tiempo en que las grandes revoluciones ya pasaron y donde queda claro que las grandes acciones colectivas al estilo de la primavera árabe no han significado mayores cambios en los regímenes políticos, el llamado #SOS Venezuela en realidad es un llamado de los pueblos latinoamericanos que claman por democracia y justicia social verdaderas. Nicaragua es parte de ese grito.